



REDACCION Y ADMINISTRACION,  
O'Reilly, 54, entre Habana y Compostela.

## SEMANARIO SATIRICO.



HEMEROTECA  
MUNICIPAL  
MADRID

DIBUJANTE CARICATURISTA,

Victor P. de Landaluze (D. Junipero.)

AÑO 1.º

PRECIOS DE SUSCRIPCION EN LA HABANA.  
UN MES, \$1.—SEIS MESES, \$5.25—UN AÑO, \$10.  
Número suelto: 25 Cents.

HABANA 23 DE OCTUBRE DE 1870.

PRECIOS DE SUSCRIPCION EN EL INTERIOR.  
TRES MESES, \$3.75—SEIS MESES, \$7.—UN AÑO, \$12.75  
Número suelto: 30 Cents.

NUM. 51.

### SUMARIO.

TEXTO.—Menestra semanal, por JUAN PALOMO.—Cavilidades, por JUAN DE AUSTRIA.—Yo quiero ser escritor, por F. DE ORMAECHA.—Bocetos á la pluma, por JUAN CENTELLES.—Cuentos de mariposa: La partida de la muerte, por JUAN SIN-TIERRA.—Epístolas á «Juan Palomo» de Nueva-York, por JOHN BULL, de Barcelona, por Serafin Pitarrá; de Puerto Rico, por JUANITO; de N. York, por JOHN BULL.—El ojo de la llave, por RAMON DE CAMPOAMOR.—Sartenesos.  
ABUNCIO.  
CARICATURAS, por DON JUNIPERO.

### MENESTRA SEMANAL.

Otra vez se han puesto en movimiento los fueles del universo; otra vez ha soplado con fuerza el vendabal, repitiéndose la funcion del 7 de octubre, no sé si á petición de algunos señores abonados, como dicen siempre los anuncios teatrales.

Era natural que así sucediese. El huracan ha visto correr su fama de boca en boca; ha tenido ocasion de leer en los periódicos relaciones y detalles de su paso por esta tierra; se ha visto citado, comentado, descrito y hasta retratado; se ha creído necesario; se ha llegado á figurar que lo echábamos de ménos y volvió.

No de otro modo vuelve, ó intenta volver, Quesada á esta Isla, de la que salió despedido, avergonzado, destituido, desprestigiado y echado á puntapiés.

Y la comparación no es tan absurda como á primera vista parece.

El viento no viene aquí más que á correr, y Quesada tambien.

El viento, ántes de llegar y después de estar aquí, levanta unos remolinos de polvo gigantescos y Quesada armó entre sus comilitones de Nueva-York una polvareda de dos mil demonios, inclusa la Vieja-Verde.

El viento seca y Quesada *saca* (diferencia tan solo de una letra.)

El viento levanta las faldas y Quesada, no las levanta, es cierto, pero jamás baja á la falda de los montes, donde pegan fuerte.

El viento hace que se pierdan los barcos y Quesada tambien. Díganlo si no tantos como han caído en poder de las autoridades de distintos países, perdiéndose para la causa filibustera.

El viento arranca los árboles y Quesada se lleva detrás muchos *alcornoques*.

El viento es entre los árboles donde más ruido mete y Quesada en los bosques y en la manigua es donde parece más persona.

El viento, por mucha que sea la polvareda que levante, al fin cae, y Quesada caerá ¿pues no ha de caer?

Tienen, pues, muchos puntos de contacto Eolo y Manolo.

Pues si señor, cuando nadie lo esperaba, como

ha sucedido con esta segunda funcion equinoccial, el hombre de las grandes empresas, de los proyectos colosales, de los inagotables recursos para engañar al prójimo, el *taurómaco* por afición, ha desaparecido de Nueva-York y andará probablemente por esos mares buscando donde soltar la carga.

Porque no hay que hacerse ilusiones, si Quesada ha salido al mar, su único objeto es *rendir cuentas á los paganos*.

El procedimiento es muy sencillo.

Se carga un barco con escopetas viejas, palos de escoba y sacos de polvo, en los cuales una mano experta é inteligente escribe la sílaba *ra*, con objeto de que se pueda decir que llevan *polvo-ra*.

El barquito se hace á la mar con todo misterio; para lo cual se encarga á un periódico amigo que publique la noticia con pelos y señales, pero diciéndo que no ha podido averiguar nada sobre el destino de la expedición.

Cuando leen el anuncio los donantes, se frotan las manos de gusto, y el que ménos se cree un Maquiavelo, que sabe engañar á las autoridades de allí y á las de acá.

El hombre que ha dado su dinero para una empresa tan importante, no se resigna á que su hazaña y su generosidad queden ocultas, y con objeto de exhibir algun tanto su persona, lo va contando en secreto á todo el mundo.

Y el barquichuelo, entre tanto, envuelto en las sombras de tan profundo misterio, sale del puerto y se aleja, se aleja, mar á dentro, mar adentro hasta Dios sabe dónde.

Así, á primera vista, parece que este es un secreto á voces, del cual están enterados los del país y los forasteros; pero no hay tal cosa. El verdadero objeto de la expedición, el destino de ella es un secreto impenetrable que solo posee un hombre: Quesada.

El fin del viaje es el *saldo* de una cuenta.

Cobrado, tanto: se ha tragado el mar, ó ha caído en poder de esta ó de la otra autoridad, tanto: total, igual.

El bolsillo de Quesada, muy por lo bajo, á un boton de los calzoncillos con quien está en contacto:

—Se pinta solo mi amo para llevar á cabo, con todo *misterio* estas expediciones.

El boton, un poco hinchado de amor propio:

—*Otro boton se han tragado* .....!

Aldama se ha disuelto.

¡Ave María Purísima, qué desgracia!

La mujer de Lot se convirtió en estatua de sal y Aldama que era *salado*, (como dicen aquí á los que en Andalucía se llaman *desgalichaos*) un terron de pura sal, se ha disuelto.

Es verdad que á opuestas causas, tienen que ser opuestos los efectos.

A la mujer de Lot le ocurrió aquella avería por curiosa, y á Miguel le pasan estas frioleras por puerco.

Digo yo; y sin que esto sea más que una indirecta bastante embozada.

Estamos en pleno equinoccio y no hay quien pueda salvarse del vendabal.

Muy tranquilos y en santa paz vivian, arañándose mutuamente, gruñendo y renegando unos de otros, Aldama abrazado á Cisneros, Cisneros á Ponce, Ponce á Mestre, Mestre á Bramosio, Bramosio á Fesser, cuando sopló un ventarron en forma de proclama del Presidente Grant, que rompió las amarras de la Junta, y todos sus *miembros* se van al *garite* unos, y al *garito* otros, que en algo se han de distinguir los que son más patriotas.

¡Ah! se han disuelto!

Y los creíamos indisolubles, sólidos!

Yo por mi puedo decir, que á Aldama lo creía de piedra berroqueña, principalmente la cabeza; á Bramosio lo consideraba como un adoquin y como un guardacanton á Mestre.

¡Qué tonto, qué tonto soy!

Después de la *disolucion*; en qué se ocuparán estos *derretidos* caballeros?

Pensando piadosamente, yo creo que se ocuparán en conspirar, como hasta aquí, solo que lo harán individualmente y á cencerros tapados; pero ahí está el decreto del Presidente, que persigue no solo á la corporacion, sino al individuo que infringe las leyes de neutralidad y allí está nuestro ministro, que «para atender á este asunto y á otros igualmente importantes, se ha trasladado á Nueva-York.»

Trabajito les mando si han de continuar ahora desempeñando su oficio!

¡Aldama se ha disuelto!

No me esplico este fenómeno.

Si me dijeran que Doña Emilia habia entrado en *disolucion*, lo comprendería perfectamente.

Como es más débil!

Lo de Europa continúa sin ser cosa de cuidado la mejoría.

Paris se parece á la concha del apuntador cuando en las óperas se canta un coro de hombres.

Se vé rodeada entónces de bocas abiertas.

¡Habrán empezado ya esas bocas su coro infernal?



La única noticia grave y nueva que nos traen los periódicos, es que la reina Victoria ha enviado un jefe de cocina al emperador cautivo en Wilhelshöhe.

¡Qué presente tan delicado!

En sus ocios de prisionero, Napoleon puede adquirir algunos conocimientos en el arte culinario.

Hasta ahora no ha sabido hacer más que *potajes*, y en Sedan hizo una *tortilla* de su ejército. Ya es hora de que sepa cómo se presenta un buey ó un carnero, y sobre todo, cuándo está más en sazón una *gallina*.

Oh! eso sí; en todo lo que se refiere al ramo de *gallinas*, ha de ser muy fuerte el emperador.

JUAN PALOMO.

#### CAVILOSIDADES.

La naturaleza, y si no la naturaleza, quien tenga á su cargo el arreglo de estos asuntos, me ha dotado de un carácter tan impresionable, de una imaginación tan dada á preocuparse y á recorrer más espacio del que buenamente exigen los sucesos, que paso una vida triste, quejumbrosa y llena de cuidados.

Yo quisiera ser, por ejemplo, un rey Guillermo de Prusia (aunque perdiese en el cambio, dejando mi cualidad de caballero particular) que tiene el convencimiento de que la Alsacia y la Lorena cuestan 300,000 hombres hechos y derechos, fuertes y flojos, guapos y feos, y sin embargo, conserva toda su serenidad, todo su aplomo, hasta el punto de que ni una sola vez lleva torcida aquella especie de asta de bandera ó de para-rayos con que termina su majestuoso individuo.

Quisiera ser un Napoleon (en el mal sentido de la palabra; no napoleon moneda, que ese ya tiene otro ver y otro pasar) un Napoleon, que al verse prisionero y rodeado de tanto lujo, de tanta magnificencia y de tantas comodidades como tiene en su cárcel, no le hace cavilar esto mismo, y no se devana los sesos discutiendo sobre toda la magnitud de su desgracia; porque desgracia y grande es que no lo traten á uno como corresponde á su posición. Por ejemplo, cuando era monarca, graduado de *derecho divino*, los prusianos lo trataron como un pelele, y ahora que es un pelele, desprestigiado y sin casa ni hogar, lo tratan como á un monarca. ¡Es mucha fatalidad, pero fatalidad recibida con un estoicismo que no comprendo!

Quisiera yo ser un Carlos Manuel de Céspedes (hablando conmigo solo, como dicen los manchegos cuando han de pronunciar el nombre de cierto animalito, que no nombro por ser puero;) pues si, un Carlos Manuel de Céspedes que llevando una vida montaraz, se llama á sí mismo *ciudadano*, creyendo de buena fé que lo es; que se figura ser el jefe de un Estado, cuando—que yo sepa al menos—ni en estado interesante se ha visto; que se hace la ilusión de que manda, cuando sus poquitos adeptos son los que tratan de mandarlo á paseo.

Yo quisiera ser así, tan á la buena de Dios, tan á la pata la llana, que no me quitase el sueño nada, ni los chismes ni las cavilaciones, que son las chinches de la imaginación.

Pero ¡ay! no lo puedo remediar. El más pequeño acontecimiento toma en mi cerebro proporciones colosales: la más sencilla cosa se convierte para mí en una madeja que no es posible desenredar. Tiro del hilo de cualquier suceso, y me resulta una maraña en cuyas vueltas y revueltas se pierde mi cabeza: contemplo un punto negro en el horizonte, y á los pocos instantes lo veo convertirse en una bola tan grande como el mundo y sus islas adyacentes, ó del tamaño de noticia de laborante, y por supuesto, de color de ala de mosca, que es á lo que viene á parar el negro cuando se pone viejo.

Dudo yo, dudo, al ver lo que corre y salta mi imaginación, si en el taller de cerebros masculinos, se padecería alguna equivocación y me colocarían los sesos de una liebre, dándole á la liebre los míos. ¡Quién sabe!

¡Ay! por qué me han de tener tan preocupado cosas que nada me importan?

Por ejemplo, hace quince días que me quita el sueño esta idea: habíamos convenido en llamarnos católicos, apostólicos, romanos; ¿cómo

nos llamaremos ahora que Roma no pertenece al Papa y sí al rey Víctor Manuel? ¿Nos llamaremos *manuelinos*?

Y como si se tratara de cerezas, enredada en esta idea, sale otra idea no menos grave y propensa á cavilaciones.

El Papa se queda siendo dueño de un barrio de Roma. ¡Ajaja! de aquí vamos á sacar nuestra denominación.

Pero díganme ustedes; al que vive en la ciudad se le llama *ciudadano* (á escepcion de los mambises) y al que habita en la aldea, aldeano; mas y al que vive en un barrio, cómo se le designa?

Me confundo; me pierdo en conjeturas; me vuelvo loco!

Otra cosa.

Hasta hace poco, le daban á uno, para pagarle seis reales, un napoleon, y podía contestar impunemente: «no hay cambio;» pero díganme ustedes, podrá decirse ahora, sin faltar á la verdad, «no hay *cambio*» tratándose de un napoleon?

Es más; si en medio de la calle tiene V. necesidad de decir, «aquí llevo un napoleon suelto,» no se espone V. á que un hulano lo abra en canal?

Me devano los sesos para buscar una solución á estos conflictos, y no la encuentro.

Sobre mi tocador tengo un tarrito de agua de Colonia, que representa al último emperador francés (el tarrito, no el agua, que en este caso tendrá que oler á puchero de enfermo.) Cinco noches me ha tenido sin dormir el dichoso tarro, viendo el modo de salvar el compromiso que me acarrea. ¡No es nada lo del ojo! una efígie de Napoleon en estos tiempos es hacerse sospechoso, cuando menos, del delito de tontería.

Pero ya discurrí el modo de salvar la dificultad. Le he pasado un cordón por ambos brazos, atándoselo en la espalda. De esta manera tengo á Napoleon, es cierto, pero sin separarme de la verdad histórica, lo tengo prisionero, como Dios manda, por boca de su inmediato pariente el rey de Prusia?

¡Ah! no acaban aquí los tormentos de mi imaginación. Por lo que se ve, es preciso que yo viva en tortura, y á cada paso encuentro motivos para que dé mi cabeza más vueltas que un molinete.

¿Dónde se fijará la capital del imperio de la moda si los prusianos entran en París?

Si hemos convenido en que la moda ha de ser francesa, dentro de poco tendremos que vestirnos de caballero comido por un hulano. ¡Dios mío, qué traje tan costoso!

Pero una cosa dá la medida de mi carácter impresionable.

Cuando no tenía que preocuparme con la caída del poder temporal, ni con la caída de Napoleon, ni con la caída de los prusianos sobre París—y vaya de caídas!—me he pasado los días cavilando qué será de un pobre sastre vecino mío, el día del juicio, cuando todos viéramos más á la ligera que hoy.

¡Ah! me vuelvo loco; me vuelvo loco!

JUAN DE AUSTRIA.

#### YO QUIERO SER ESCRITOR.

Comí del presupuesto, y me arrepiento de todo corazón; que el pan del presupuesto es algo amargo, por más que digan todos que es *turron*.

Yo comparo á una flor, la *empleomania*, de color celestial, cuyos abrojos son la cesantía que nos dobla la espina vertebral.

Un tiempo yo creí que era empleado cual canónigo ser, nunca me figuré ¡desventurado! quedarme, de *Real Orden*, sin comer.

Nunca me figuré pasara tanto como pasando estoy, al ver que pasa el tiempo, y que *no pasan* las esperanzas de pagar que doy.

Aun tengo pocos años, y he sufrido vicisitudes cien, he sido *pretendiente* muchas veces y he vivido otras tantas en *Belen*.

Ya estoy desengañado, y la postrera esta lección será; que por haber vivido del Gobierno, hoy me encuentro viviendo del *maná*.

Que ser pobre y cesante, son dos males, y ser *tonto*, son tres; y pues pasando estoy los dos primeros, evitar el tercero, fácil es.

Quiero escribir, y remontarme al cielo en ránda inspiración, que más vale el comer siempre patatas, que el ayunar tras de comer turron.

Yo no aspiro á una gloria, ni á una fama que no he de conquistar; á ganar el sustento aspiro solo y así quiero escribir, para *jamar*.

Si tengo vocación, ó no la tengo, el mundo lo dirá, yo tengo para mí, que otros peores escritores que yo, se han visto ya.

Un poco de indulgencia, ¡oh literatos! os pido por favor, que yo escribo tan solo, des que siento en el alma la espina del dolor.

Mas como al mundo el llanto no divierte, es preciso reír, y aparecer radiante de alegría, y en silencio llorar y maldecir.....

Pero noto que estoy filosofando sin poder ni querer, quiero ser escritor, y no filósofo, decidme por favor, ¿lo podré ser?

F. DE ORMAECHEA.

Habana, Octubre, 1870.

#### BOCETOS A LA PLUMA.

JUAN NICOLAS DREYSE.

Es cosa rara y célebre y extraña lo que pasa en Prusia. No se puede ser notabilidad si se carece de un racimo de años que den al que los posee las apariencias—y la realidad—de un viejo.

O hablando en plata, que es menos cara que el silencio: las celebridades alemanas están ya apergaminadas, acaso para conservarse mejor.

Es condición indispensable de ese pueblo, que hoy atrae sobre sí las miradas de Europa, América y sus arrabales.

El rey Guillermo y el general Von Moltke: la voz que ordena, y la mente que piensa y el brazo que ejecuta en la presente campaña, son notabilidades rancias.

Y como ellos, muchos otros, y entre esos muchos el personaje que hoy se ha propuesto JUAN PALOMO presentar á sus lectores, y cuyo nombre ya habrán leído ustedes al principio de estas líneas.

Juan Nicolás Dreyse ha ligado su nombre de una manera poderosa, indestructible, á las victorias y el engrandecimiento de Prusia, su patria, de veinte años acá.

—Será un gran general, tan modesto que oculta su verdadero nombre y toma otro cualquiera para que sobre él recaigan los laureles? me preguntará alguno.

—Nada de eso.

—Un político consumado.....

—Ni por pienso.

—Un periodista célebre.

—Mucho menos.

—Un opulento banquero.

—Ha sido muy pobre, y su fortuna no es hoy de esas que son envidiables, aunque no se conozca bien.

—Pero ¡caracoles! ¿quién es?

—Una notabilidad.

—¿Prusiana?

—Se comprende.

—¿En pintura, en historia, en marina, en ciencias ó artes?

—Nó, nó, y nó.

—Pues me doy por vencido, y no pregunto más.

—Juan Nicolás Dreyse es el génio de la destrucción.

—¿Eh? ¿cómo se entiende?

—Muy fácilmente: es el inventor del fusil de aguja.

—Acabáramos.

Y..... ya lo sabe usted, señor lector. En estos tiempos que corremos, la ley del más fuerte es la que se impone, y aquel que dá con más fuerza es el que más puede.

El fusil de aguja hizo maravillas, dijo en cierta ocasión el tristemente célebre general De Failly, propósito de la acción de Mentana.

Y la frase alcanzó celebridad, y sirvió, vamos al decir, de pasaporte para que supiéramos todos quién era Callejas, ó lo que es igual, De Failly.

Yo no sé quién ha dicho que el inventor del fusil de aguja era francés, y que á semejanza de Colón, anduvo de corte en corte mendigando para su invento la protección de las grandes potencias, que una por una, Francia, Austria, Inglaterra y Rusia, le daban con la puerta en las narices, diciéndole:—Perdone por Dios, hermano. —Pero puedo asegurar que no es exacto nada de eso, y me fundo en muchas cosas.

Primero, en que es alemán.

Segundo, en que su invento, concebido en un día de prueba para su patria, lo reservó para que esta tomase la revancha que pretendía.

Y tercero, en que Alemania con su flemma proverbial, no desatendió la ocasión que ponía entre sus dedos los pocos cabellos de su calva cabeza, y la asió fuertemente.

Me parece que me esplico. Digo, si á ustedes les parece bien.

Con todo, seré más explícito.

Dreyse cuenta hoy ochenta y tres años de edad. Nació el 10 de noviembre de 1787.

Hijo de un cerrajero ó herrero que vivía honradamente de su trabajo en Sommerda, cerca de Erfut, aprendió el oficio de su padre, y una vez conseguido esto, tomó en 1806 la maleta, y siguiendo la costumbre generaliza-



da entre los artesanos alemanes, emprendió el viaje. ¿A dónde? Ahora lo veremos.

Anduvo, anduvo, hasta que el destino le llevó el 15 de octubre de ese año al campo de batalla de Jena.

Allí se hallaban desparramados en desorden, cubriendo el suelo en una vasta superficie, los cadáveres de prusianos y franceses, y fusiles, cañones, sables y caballos.

De vez en cuando, un ¡ay! desgarrador llegaba á sus oídos.

¿Qué pensamientos agitaron en aquel instante la mente de Dreyse? ¿qué idea de venganza le asaltó? Eso es lo que no podemos decir, aunque lo comprendemos.

El ¡ay! de los heridos ó los moribundos no hizo en él eco. O quién sabe. Acaso diría: ¿quién soy yo para remediar esta inmensa catástrofe?

Además, su oficio le impulsaba á otra cosa. Se dirigió á un sitio en que estaban como hacinadas las armas, y desde luego llamaron su atención los fusiles franceses.

La ligereza de éstos y su construcción moderna, contrastaba con los toscos fusiles prusianos, cada uno de los cuales pesaba el doble y no alcanzaba las dos terceras partes que los franceses.

Desde este momento, se propuso el joven artesano ser útil á su patria, procurarle una cumplida revancha del desastre que ante sus ojos se presentaba, y trabajar sin descanso para conseguirlo.

—Hé aquí el problema, dijo: descifrémoslo de una manera ventajosa.

¿Y qué hacer para conseguirlo? ¿quiénes mejor que los enemigos de su patria, cuyas invenciones en las armas de fuego les habían dado el triunfo en todas partes, podían contribuir á que él inventase un sistema aún más eficaz?

Y este pensamiento lo llevó á cabo con la prontitud que ambicionaba.

En 1809 se dirigió, pues, á París, y por recomendación de un compatriota suyo, que en la capital de Francia vivía, obtuvo una plaza de oficial armero en la maestranza Imperial.

Era director de la maestranza el coronel Pauly, que casualmente se ocupaba á la sazón del proyecto de un fusil de repetición.

La inteligencia del joven Dreyse y sus felices disposiciones le pasaron para él desapercibidas, y le ocupó casi exclusivamente en su proyectado invento.

Pero sus experimentos fracasaron, y nadie pensó más en este asunto.

¿He dicho nadie? Pues rectifico mi aserción. El joven Dreyse conoció el defecto que tenía la nueva arma, convenciendo de que se podría construir en acertando con el verdadero mecanismo.

Ese era su sueño dorado, su ambición. ¿Qué no hacer para conseguirlo?

Tomó pues, la firme resolución de inventar un fusil que pudiera cargarse por la recámara, y se hizo el inquebrantable propósito de destinar la invención, caso que la lograra, á su patria.

Por eso he negado rotundamente al principio la ocurrencia de uno de sus biógrafos, que le presenta diciendo de nación en nación ayuda para su invento.

Cuando aún no había lucido para su patria el sol de Waterloo, esto es, en 1814, regresó á ella.

Dreyse se asoció á un comerciante, abriendo una fábrica de clavos, tornillos y herramientas de hierro y acero.

En 1824 inventó unas cápsulas para fusiles de nueva invención, y abrió otra fábrica.

Pero en todo este tiempo no dejó un punto de la mano su principal pensamiento, la idea que le dominaba.

Los experimentos se sucedían, y al fin, después de inauditos trabajos y desvelos, llegó á concluir su obra de tal modo que resultó muy superior á todos los fusiles que entonces se usaban.

En 1826 presentó por primera vez al Gobierno de Prusia su invención; pero su suerte ha sido casi la misma que la de todos los grandes inventores.

Solo después de inauditos trabajos y á costa de mucho dinero y actividad, logró, cuando tuvo lugar el cambio de Gobierno de Prusia en 1840, que el Gobierno le prestara atención, y después de prolivos experimentos y exámenes, fué autorizado en 1841 para la construcción de 60,000 fusiles de aguja.

Después de muchos ensayos conocieron su superioridad, y consecutivamente se le encargaron partidas más ó menos grandes.

Se ha dicho también que el fusil de aguja comenzó á hacer de las suyas en 1863, en la breve guerra con Dinamarca, y que en 1866 fué el peso arrojado en la balanza para que Prusia, triunfando en Sadowa, adquiriese su actual preponderancia.

Pero también en esto hay error: el fusil de aguja obtuvo completa victoria sobre las demás armas de fuego en los años 1848 y 1849.

Desde entonces también ha obtenido su inventor generosas recompensas del Gobierno, á quien el año 1867 presentó otro fusil, que es superior en todo y más sencillo que el de aguja: se llama *zunna-del-gecher*.

También ha presentado un cañón revólver de un sistema enteramente nuevo y del que espera únicamente la aprobación de su gobierno.

Prescindiendo de Waterloo, porque allí pelearon las naciones coaligadas contra el coloso del siglo, abatido ya por sus derrotas en España y su retirada de Rusia, Juan Nicolás Dreyse ha vivido lo bastante para ver realizada su ambición, el propósito que concibió en los campos de Jena, de vengar á su patria de aquella derrota.

La rendición de Sedan, sin ejemplo en los anales de la historia, ha satisfecho á la vez que su gloria de inventor, su amor propio de prusiano.

JUAN CENTELLAS.

## CUENTOS DE MANIGUA.

CUENTO TERCERO.

### LA PARTIDA DE LA MUERTE.

XII.

En el final del capítulo VII dejamos al insurrecto Ramon Losada, corriendo por el campo para asegurar la inesperada libertad que había debido á Alejo Alcántara; el joven desgarraba la piel del caballo con las aceradas puntas de las espuelas, queriendo sin duda en su impaciencia darle alas para convencerse de que se alejaba del ingenio; y pronto, la soledad de la tierra que iban hollando las patas del noble animal reanimó el espíritu del ginete, que se acordó entonces de elevar al cielo los ojos para manifestar su gratitud por la protección que le había dispensado.

Cuando ya el caballo iba probando que el aguijón empujaba su cuerpo desfallecido, pero no daba fuerzas á sus pulmones destrozados, llegó en su auxilio una voz estentórea, que gritó:

—¿Quién vive?

El caballo se detuvo como por instinto, puesto que el gijete, en su abstracción completa del mundo, no había oído la voz, ni en la luz dudosa del amanecer podía distinguir un negro de avanzada que le apuntaba con una mala escopeta. Segunda vez se oyó la pregunta, tanto más exigente cuanto que el dedo índice de la mano derecha del negro estaba doblado sobre el gatillo del arma; volvió en sí Losada, y divisó con trabajo, entre los pálidos crepúsculos de la aurora, la sombra del que lo había detenido; rápida como el relámpago cruzó por su cabeza la idea de que debía contestar algo categórico para salvar su vida, muy espuesta nuevamente; pero como no sabía en dónde se encontraba, ni á quien pertenecía aquella avanzada, su posición era crítica. Para salir del apuro, parándose sobre los estribos, contestó con voz vibrante:

—¡Yo!

La respuesta era concluyente y verdadera, pero no satisfactoria para el centinela, que tenía una consigna; y felizmente para Losada, como el negro era un estúpido de poca resolución, no estando prevista aquella respuesta original, no se atrevió á disparar la escopeta, contentándose con gritar:

—¡Alto!

Ramon no llevaba armas para defenderse del individuo que marchaba sobre él, y se conformó con su suerte, permaneciendo inmóvil; el negro, siempre apuntándole, se acercó y le dijo:

—¿Quién es V?

Losada vió en el sucio sombrero de yarey del negro una escarapela azul, y su corazón palpitó con violencia; el ángel de la guarda velaba por su vida. Entonces dijo con aire resuelto:

—¡Soy yo! ¿No me conoces?

—¡Ah! ¡el teniente!

—¿En dónde está el jefe de este partido?

—A media legua de aquí.

—¿Por dónde voy más cerca y más seguro?

—Por esta vereda de la derecha; hay varias avanzadas.

El sol de Cuba no se hace esperar cuando se anuncia, y no tardó muchos minutos en estenderse sobre el campo como una sábana de fuego; Ramon reconoció el sitio en que se hallaba, y con la tranquilidad que dá la confianza, soltó la rienda al caballo, dejándole que marchara al paso, generosa determinación que convino también al joven, porque de haber seguido como antes, se hubiera quedado á pié en el camino.

La última avanzada, que estaba en un potrero, avisó al joven que en aquella finca se hallaba el cuartel general del cabecilla Cavada, á dos leguas de Cienfuegos, preparándose sin duda para alguna sorpresa combinada. A ese llamado ejército pertenecían los hombres de Losada que habían sido derrotados el día antes en el rancho por *La partida de la muerte*, y el fugitivo comprendió que sería mensajero de su desgracia si alguno de los pocos que escaparon vivos no habían llegado ántes al campamento. Y así debía ser, por cuanto los rebeldes que le salieron al encuentro se quedaron sorprendidos, suponiendo que había perecido en el combate; el cabecilla supo al momento la presentación del *soi-disant* teniente, y le mandó que entrara en el bohío que le servía de tienda.

En la cara del feroz Cavada se retrataba el despecho, aumentado con la vista de Ramon, y sin tenderle la mano, marcando en sus labios una sonrisa despreciativa, le dijo:

—Me alegro, señor teniente, de que haya V. tenido la suerte de escapar con vida en ese torpe encuentro del rancho; por la explicación que me han hecho los tres soldados que vinieron anoche, no comprendo ni la sorpresa ni la derrota.

—Y sin embargo, general, nada hay más cierto, contestó el joven manteniéndose en pié y con el sombrero en la mano delante de aquel militar de comedia que, predicando la igualdad, estaba sentado y con el sombrero puesto.

—Quieren convencerme de que *La partida de la muerte* cayó sobre nuestra gente, mandada por Luciano Godoy.

—También es cierto.

—¡Eso es imposible! gritó el cabecilla exasperado, levantándose después de echar un terno y de dar un fuerte puñetazo sobre una mesa de pino en que tenía apoyado el brazo.

—Será imposible, pero es una verdad que nos ha costado muy cara.

—¡Son ustedes unos visionarios, que se han dejado destrozarse por el miedo!

—¡El miedo! exclamó Losada rechinando los dientes.

—Señor general, hubiera querido ver á V. en el rancho para convencerme de que podía hacerse más de lo que hicimos!

El tono del supuesto teniente sublevó el ánimo del supuesto general, que para dar pruebas de su dulzura y de la autoridad que él mismo se había regalado, dijo amenazando á aquel con los puños:

—¡Si levanta V. la voz para hablar con su jefe, le mando pegar cuatro tiros! ¡Más valía que hubiera V. guardado esos humos para pelear en el campo!

Ramon se mordió los labios con ira y calló, sabiendo que Cavada cumplía siempre su palabra.

El cabecilla se paseó por la sala, dando muestras de su exasperación por la derrota, pero al fin, aparentando calma, volvió á sentarse y llamó á Losada para decirle:

—Déme V. cuenta de la sorpresa del rancho.

—En dos palabras lo haré, contestó el joven con mal reprimido despecho. Nuestras avanzadas debieron dormirse ó caer muertas en su puesto, pues cuando estábamos tranquilos, esperando las órdenes de usted para reunirnos al cuartel general, cayó sobre nosotros de improviso *La partida de la muerte*; apenas tuvimos tiempo para coger las armas y defendernos; nuestro comandante quedó allí, atravesado por la misma mano de Luciano Godoy.....

—¡Luciano Godoy! interrumpió Cavada. ¿No es posible! ¿No sabe V. que ese renegado maldito sucumbió en la acción del Potrerillo, presenciando después todos el acto de sepultarlo cerca del rancho, y que colocamos encima de su cadáver una cruz de madera con un cartelón?

—Recuerdo todo eso, general, pero Luciano Godoy, en cuerpo y alma, dirigió el ataque, mató á nuestro comandante en combate personal, nos derrotó con su gente, y me libertó la vida en el momento que el segundo de la partida se disponía á fusilarme.

—¡Eso es un delirio! exclamó el cabecilla arrancándose los pelos con rabia.

—El espanto de nuestros hombres aumentó cuando vieron á Godoy, que creían muerto; pero vive, y nadie mejor que yo puede atestiguarlo, porque hace algunas horas que hablé con él.

—¿Está V. seguro, teniente?

—Como estoy de que hablo con V. ahora.

—Esta noche voy á desenterrar su cadáver para convencerme de la verdad; necesito verlo para no dudar de lo que V. me dice. No creo que Luciano Godoy tenga dos vidas á su disposición, pues le conozco bien, y le ví muerto á la salida del pueblo, después del combate del Potrerillo.

—Godoy vive; hablé con él, como ya dije á V., y al separarnos, pude burlar la vigilancia de las centinelas, coger un caballo y escaparme.

—Eso necesita corroboración; ¡el miedo hace crear fantasmas!

Aquellas palabras insolentes encendieron de nuevo la sangre del joven, que estuvo á punto de olvidarse de los deberes de la subordinación para castigar la ofensa del llamado general; y con objeto de evitar el peligro, salió del bohío con la rabia en el corazón.

Recibir por premio de su valor un insulto, era para Ramon Losada una prueba superior á sus fuerzas. Era un hombre digno, que se había visto arrastrado por sus compañeros á lanzarse en defensa de una causa que le deslumbró, sin pensar en lo que iba á hacer; resonó en sus oídos el falso grito de la patria, y lleno de la buena fé de los cándidos, corrió á su pérdida, sin que se hubiese abierto su razón á los rayos de la luz de la verdad. Peleaba con ardor y no exigía más recompensa que la que desean las almas nobles: la felicidad de su país, por la que se sacrifican siempre los buenos hijos. La conducta de Cavada había abierto en aquella entrevista los ojos del joven, que empezó á ver la triste realidad.

Cuando Ramon se encontró solo, púsose á reflexionar sobre su situación; es verdad que estaba libre, pero para conquistar su libertad había hecho el juramento de no pelear contra España. ¿Cómo sostener ese juramento? ¿Podía retirarse del servicio sin esponerse á ser víctima del furor de unas hordas que no perdonaban ni la neutralidad? Losada sufrió mucho, y después de meditar un día entero, determinó abrirse camino hasta la costa para buscar un buque que le trasportase á un puerto extranjero; pero al siguiente día, por la noche, cuando se atormentaba la imaginación para llevar á cabo sin peligro su proyecto, llegó una noticia al campamento que hirió sus sentidos como un rayo de luz ilumina una caverna, desvaneciendo las tinieblas.

Los insurrectos lo saben todo, porque utilizan en el campo sus espías, y en la ciudad sus agentes, que se conocen con el significativo nombre de *laborantes*. A las dos horas de haberse movido el pueblo de Cienfuegos contra Luciano Godoy llegó al cuartel general la noticia de la asonada y la prisión del comandante. Cavada se convenció entonces de que éste vivía, á pesar de haberlo enterrado él mismo; y devanó los sesos para explicarse el misterio de aquella trasfiguración.

Por su parte, Ramon Losada comprendió que corría peligro entre su gente, porque habían de acusarle, como á Godoy, de connivencia con los enemigos; además, un impulso noble hirió su corazón: el comandante de *La partida de la muerte* estaba preso y amenazada su existencia por haberle libertado la vida. Esta consideración encerraba para él un llamamiento á su conciencia, y luchó algunos minutos con sus instintos generosos.

Media hora después sacó de su maletín una barba postiza que le había servido, al estallar la insurrección, para salir de Cienfuegos sin que le conocieran, y procurando no despertar sospechas entre sus compañeros, dejó el campamento, llegando á pié, al amanecer, á la villa, donde entró sin tropiezo, dirigiéndose en seguida á la casa que servía de prisión á Luciano Godoy.

Allí le dejamos, y allí vamos á encontrarlo.

JUAN SIN TIERRA.



LA BUCANA DE LOS CANDIDATOS.



EL CLERO.—Arrriba, muchacho! otro esfuerzo más y la cojes.  
CORO DE CANDIDATOS.—Pero, hombre, cuántas veces seguidas sube ese chico al palo ensebado?  
UNA ESPECTADORA.—No hay cuidado, señores, á todos nos llegará la vez.





**FEDERICO CAVADA.**

Donde está la cara fea  
de Cavada todo arde:  
quema, del modo que sea,  
á los hombres por cobarde  
y á las fincas con la tea.



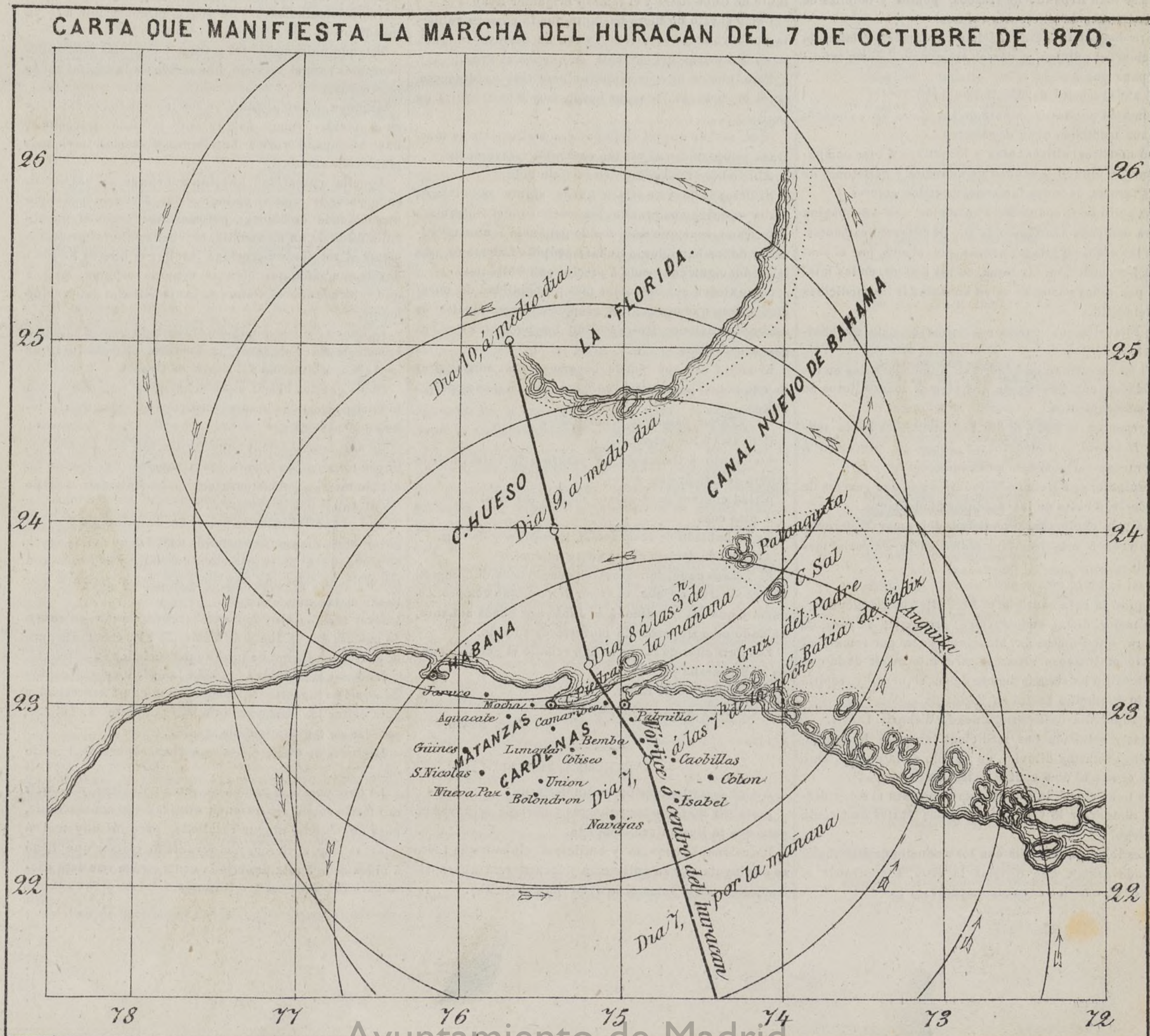
**ELOY CAMACHO.**

Ladron del Comanditario  
fué este mozo, que es de cuenta,  
y es hombre de pelo en pecho,  
según dicen malas lenguas;



**CARLOS ROLOFF.**

Sirvió al Sur este macaco  
en la guerra, aunque muy poco,  
y vino á Cuba á ser caco,  
y hoy peca de ser un coco,  
que pica poco el POLACO.





## EPISTOLAS A "JUAN PALOMO."

NUEVA-YORK, 8 DE OCTUBRE.

I hate ingratitude more in a man  
Than lying, vainness, babbling, drunkenness.  
Or any taint of vice, whose strong corruption  
Inhabits our frail blood.

SHAKESPEARE *Twelfth Night*.

(Es más odiosa para mí en un hombre la ingratitude que la mentira, la vanidad y la charlatanería, la borrachera, ó cualquier otro vicio, cuya corrupción invade nuestra débil sangre.)

¿Tú conoces á Helmbold, JUAN PALOMO?

Debes conocerlo.

Es el segundo Barnum de los Estados Unidos.

Hace algunos años estableció una humilde botica en Filadelfia.

Conociendo el carácter de sus paisanos, y lleno de ambición ó de codicia, comprendió que el *humbug* era el *pico* con que debía abrirse el camino que conduce á la Fortuna.Había observado que con ese *pico* habían llegado muchos á encontrar un filon muy productivo.El trató de reunir con el tiempo un *pico* sério, y como era boticario, fácil le fué la empresa.Hizo «jarabe de *pico*».Es decir: apeló al *humbug*.

*Humbug* es una palabra inglesa que tiene tantos significados como aplicaciones: quiere decir farsa, trampa, mentira, embuste, bombo, treta, fraude, engaño, superchería, artimaña, socaliña, arteria, chasco, enredo, sutileza, burla, maña, astucia, dolo, charlatanería, ponderación, impostura, petardo, trapacería, falacia, estratagema, artificio, farándula, faramalla, etc., etc.

Aquí los boticarios no necesitan pozo para sus composiciones, porque tienen agua viva.

No tienen más que abrir el grifo para surtirse á discreción de este inapreciable *ingrediente*.

El grifo de la botica de Mr. Helmbold estaba abierto noche y día.

Y sus aparadores y vidrieras, sus alacenas y mostradores se iban llenando de frascos, pomos y botellas de medicamentos de diferentes colores.

Para dar salida á esas pócimas, era preciso llamar la atención del público y dárseles á conocer como infalibles panaceas.

Hé ahí el mérito del Dr. Helmbold.

Principió por sacar patente de sus misturas, y anunció que sus medicinas eran de *patente*.

Dió nombres altisonantes y atractivos á esas composiciones, é inundó la ciudad de anuncios y cartelones de todas formas, de todos tamaños, de todos colores.

Los periódicos aparecían á lo mejor con una página entera dedicada al anuncio de uno de esos medicamentos.

En las esquinas, en las aceras, por el aire, por el suelo, en los coches, en las casas, en los teatros, en las iglesias, por todas partes se veían anunciadas las medicinas de Helmbold.

En Filadelfia son cuáqueros la mayoría de sus habitantes.

Así no es extraño que creyesen á piés juntillas en las cualidades curativas y en los efectos maravillosos de esos medicamentos.

Cayeron en la red que tan hábilmente les había tendido Helmbold, y todos fueron como en procesión á comprar las «celebradas» medicinas.

Resultado: que Helmbold fué llenando sus gavetas de *greenbacks*, á costa de los crédulos filadelfianos.

Una vez explotada la «ciudad del amor fraternal», pensó venir á establecer sus reales en la «imperial metrópoli».

Y así lo hizo.

Alquiló la casa contigua al Hotel Metropolitano; adornó, ó mejor dicho, embadurnó el frontis de la casa, de manera que llamase la atención; puso por remate al edificio un inmenso almírez, para indicar sin duda que ese utensilio ha sido la fuente de su riqueza, y repitió aquí lo que había hecho en Filadelfia.

Zarzaparrilla de Bristol, Buchú, Wehavit, Ihavit.

Estas y otras muchas medicinas anunció Helmbold, con una profusión diluvial, no ya solo en la ciudad, sino desde el uno al otro confín de las Américas.

¿No te ha sucedido estar mirando un rato el sol, y después, al apartar la vista, ver en todas partes un círculo de fuego?

Pues lo propio sucedía con los anuncios de Helmbold.

Donde quiera que dirigías la vista, encontrabas el nombre de uno de sus medicamentos.

Te alejabas de la ciudad en ferro-carril, y en las cercas, en las rocas, en los árboles que orillaban el trayecto veías uno de esos fatídicos nombres.

Varias veces, al cruzar el río del Este para ir á Brooklyn, he creído leer «Buchú» sobre las aguas.

Unos por curiosidad, otros por creencia, y muchos abfurridos de tanto anuncio, compraban las pócimas y contribuían á hacer lucrativo el *humbug* del Dr. Helmbold.Y él se rie de todos esos gahnápiros que le han comprado agua sucia á peso de oro, y á sus expensas ha puesto carruaje, y *landeau*, y faeton y victoria, y un magnífico tiro de seis caballos, ricamente enjaezados, que lo arrastran como en triunfo por estas calles.

Y desde la altura de su carruaje, él mira con desden á la humanidad pedestre.

Pero no es tan solo en Nueva York donde ha encontrado el *doctor* Helmbold aquella parte de la humanidad cuyo número calificó el rey sábio de infinito.

Has de saber que la isla de Cuba es un campo feraz para el afortunado boticario.

Allí hay muchos que creen todavía que basta que una cosa sea de los Estados Unidos para ser buena, y como Helmbold ha tenido la precaución de anunciar sus drogas en los periódicos de la isla, encuentran ahí una venta prodigiosa.

Pues bien, este Helmbold que debe á la Isla de Cuba una buena parte de su fortuna, ¿sabes lo que ha hecho para demostrar su agradecimiento?

El día del entierro de Farragut adornó la fachada de su casa con crespon negro, como todos los demás establecimientos, y al lado de la bandera de los Estados Unidos colocó el trapo de los bandoleros de Yara.

No contento con este doble insulto á Cuba y á la memoria del insigne marino, cuyos restos no podían menos de revolverse de ira y de disgusto en su féretro, al pasar por delante de aquella repugnante decoración; prestó su magnífico carruaje y su arrogante tiro de seis caballos para que lo ocuparan en la procesión el representante de Cuba *liebre* y el famoso brigadier Ryan.

Como si esto no fuera bastante, iba la carroza cubierta con otro trapo insurrecto, y con un descaro sin igual, se colocó detrás del carruaje en que iba el Presidente.

Estó, que en otra ocasión hubiera sido un desacato, en el entierro de Farragut puede muy bien llamarse un sacrilegio.

¿Qué mucho que el cielo pusiera mal cariz y se mostrara tempestuoso al ver tan execrable irreverencia!

Ahí tienes explicado quién es Helmbold.

Si después de este relato queda alguno en la isla de Cuba que siga comprando las pócimas del Dulcamara americano, sepa que está dando ganancia á un simpatizador de los bandidos, á un farmacópola filibustero, que les vende agua coloreada á precios exorbitantes.

Si no tienen sus dolencias más probabilidad de curación que la que ofrecen las propiedades medicinales de esas preparaciones, frescos están los pacientes que hagan uso de ellas.

El mejor uso que puede hacerse de esas misturas es lo que pone Shakespeare en boca de uno de sus personajes:

«*Throw physics to the dogs!*»

Echadlas á los perros.

En cuanto á Helmbold, se parece á la culebra de la fábula de Lafontaine.

¡Criad cuervos para que os saquen los ojos!

A otra cosa.

Te he hablado de *cuadrúpedos*, de *reptiles* y de *aves*.Algo he de decirte ahora sobre *insectos*.El *Tábano* aquel de marras, que enfiló para Wilmington en vez de irse á Cuba, el vapor *Hornet*, que compró Aldama y que ha vendido á la Junta por bonos cubanos, ha dado otro tropezón sin moverse de su sitio.

Los garduñas de la ley le han echado el guante cuando se preparaba para salir.

La Junta *trina* de rabia.Y Quesada *canta* de júbilo.

JOHN BULL.

BARCELONA, 24 DE SETIEMBRE.

Amigo JEAN: te escribo en un desierto.

No faltan más que las palmeras y el rugir del invierno para que la ilusión sea completa.

Barcelona, la coqueta y bulliciosa ciudad que tanto se distinguía por su animación y locura, está ahora silenciosa y triste como el interior de una tumba.

La fiebre amarilla, ó el tífus icterodes, más técnicamente hablando, ha sentado sus reales en la ciudad invicta, y al entrar en ella, el aliento falta y el corazón se oprime, tal como si el cielo que nos cubre fuese una losa sepulcral que pesase sobre nosotros.

Cuán bien hice advirtiéndote en mi última, que las cañas se podían volver lanzas, y que tal vez debería llorar con los mismos ojos que irradiaban mi alegría.

Al principio, vaga y como una sombra indecisa, apareció entre nosotros el feroz fantasma; pero paso á paso se ha ido delineando, y ahora, no cabe duda, vive matando, acompañada de su fúnebre cortejo, entre los que no pueden dejarla sola en Barcelona, por miseria, ó por especialidad de sus ocupaciones.

En la Barceloneta, barriada cercana al mar, que como una vanguardia precede á la ciudad su señora, es en donde más cruelmente se ceba la terrible plaga.

En la cumbre de una colina que tapiza de verde una vegetación lozana, y besado por los salutíferos vientos de las montañas, existe un monasterio llamado de Montalegre.

Este es el punto que ha destinado el ayuntamiento para que la población que hoy diezma el tremendo azote, vaya á guarecerse, hasta que las heladas brisas del próximo invierno hayan muerto en nuestro litoral la funesta semilla de calamidad tan horrenda.

Caben en sus celdas y preciosos claustros más de dos mil personas.

Las iras populares, haciendo sufrir á tan magnífica obra la suerte que cupo á todos los conventos de España en la revolución de 1835, la arruinaron por completo; mas poco ántes de la última gloriosa lo habían comprado unos frailes, restaurándolo, y cuando el acontecimiento vino á hundir su gozo en el pozo, el edificio estaba preparado para recibir á los nuevos huéspedes.

Estalló la bomba, huyeron los cenovitas, volvió á venderse el edificio, y hoy su dueño lo cede para el caritativo objeto que indicado queda.

Extraordinarias son las medidas que nuestras autoridades han tomado para ver si el mal se ataja en sus primeras demostraciones y se logra circunscribir á lo ya invadido.

Dejando únicamente los retenes y guardias más indispensables para el servicio, han salido de la capital todas las tropas.

Algunas se han alojado en los inmediatos pueblos, y en el Tividaro, montaña que se divisa desde Barcelona, han acampado varios batallones, presentando el más pintoresco efecto.

Aquella vulgaridad que tan á menudo se encuentra en la parte descriptiva de las novelas, diciendo que como una bandada de blancas palomas descansaba el pueblo en la falda de un montecillo, se realiza ahora perfectamente al ver desde Barcelona las largas hileras de tiendas de campaña, que blancas como la espuma, parece que van rodando al llano por la pendiente del vecino monte.

El Banco de Barcelona ha trasladado sus oficinas á la casa de señor marqués de Cruilles, situada fuera de la ciudad, al extremo del Paseo de Gracia.

Dicen que los demás establecimientos públicos harán lo mismo, y esto es lo que constituye la espantosa soledad que nos aflige.

Lo más lamentable es que se cierran las farmacias, huyen los médicos y ya la junta superior de sanidad ha debido tomar medidas para que no quedasen sin auxilio los atacados por la epidemia.

En la imposibilidad de partir de un principio fijo, las autoridades dictan, de buena fé, medidas que ellas creen conducentes á la extirpación del mal, y algunas son tan ridículas, que una vez dictadas, deben retirarse por lo inconvenientes é inútiles.

Ayer se dió orden de incendiar una especie de andén de madera que la Junta de Comercio hizo construir para la carga y descarga de los buques anclados en el puerto.

La Junta de Sanidad fundaba la orden en que debajo de aquellos maderos entraba el agua en putrefacción, y para evitar los miasmas que allí pudieran exhalarse, pensó en tan desatentada medida.

La Junta de Comercio, al saberlo, ha puesto el grito en el cielo.

La obra cuesta al menos cuarenta mil duros, y reducir tan fácilmente á cenizas una cantidad tan considerable, para no obtener ningún resultado, pareció muy mal á cuantos lo advirtieron, y el levantado clamor que llegó á oídos de la Junta produjo la contraorden que ésta dictó para detener plan tan siniestro.



Los pueblos comarcanos, temerosos de que los fugitivos de ésta lleven á sus casas la mortal semilla, dictan también órdenes arbitrarias, y mientras unos exigen cuatro días de cuarentena para permitir la entrada, otros desinfectan viajeros y equipajes con los más extraños procedimientos.

Los penados del presidio, los reclusos de la casa de corrección, los albergados en los establecimientos piosos y todos cuantos del Estado dependen, serán trasladados á las poblaciones vecinas para evitar que desarrollándose el mal en uno de estos centros, tomase un incremento que quizás no tome con tan prudentes medidas.

Ha partido de ésta para Madrid, de donde vino, el ministro de la Gobernación D. Nicolás María Rivero.

Médico distinguido, al mismo tiempo que ilustre juriconsulto, el nuevo ministro posee las cualidades más indispensables para visitar por orden del Gobierno una ciudad invadida por la peste.

En combinación con la excelentísima Diputación provincial y el Ayuntamiento, ha tomado oportunas medidas, enterándose con el mayor interés del curso de la enfermedad, y visitando él mismo los enfermos en los hospitales preparados al efecto.

El Gobierno, á petición suya, ha mandado al Ayuntamiento un millón de reales, y con estos auxilios, y el sistema de higiene adaptado, podremos, si no estirpar de momento el mal, suavizarlo algún tanto.

No extrañes que nada más que *pestes* digan los mal perjeñados renglones de esta mi larga epístola. La fiebre amarilla ocupa todos los pensamientos, llena todas las imaginaciones y no encontrarás quien de otra cosa hable aunque para ello dieras lo que cuesta un desinfectante ó un paquete de yoduro de cal, que cuestan un ojo de la cara.

SERAFIN PITARRA.

#### PUERTO-RICO, 14 DE OCTUBRE.

Tengo que darte grates noticias de esta pequeña Isla; no porque vivamos en un peñasquito arrojado en medio del océano, dejamos de tener nuestras grandes emociones, ya que no conmociones.

En primer lugar, la junta magna de propietarios se reunió bajo la presidencia del general, y en principio quedó resuelta la emancipación. Nadie habló una palabra, según mis noticias, nadie se metió á pronunciar discursos, pero se nombró una comisión compuesta de un individuo por cada uno de los departamentos en que se divide la Isla, para que examine todos los antecedentes y proponga un proyecto de emancipación, sin indemnización, y un reglamento para el trabajo. Los laborantes, sus amigos, los extranjeros, que tanto y tan injustamente han clamado contra los españoles de las Antillas, llamándonos negreros, pueden comprender hasta qué punto son fundadas sus acusaciones. Y es justo decir que la mayor parte de los propietarios eran del país. ¡Qué gusto el día que no oiga hablar de esclavos!

Sin embargo del buen deseo que hay, creo que nada se hará sin contar con esa Isla, aun cuando esta se encuentra en distinto caso: en Cuba la base de todo es el trabajo, en Puerto-Rico hay trabajadores libres más que esclavos y la esclavitud no es por consiguiente su base. Sin embargo, bueno será que ambas provincias marchen unidas.

El otro notición es la venida de las leyes municipal y provincial, que no son las que se han publicado en los diarios de la Sesión de Cortes, sino otras redactadas, según se dice, por el Ministro de Ultramar. Las he visto en la *Gaceta*, y te confieso que la provincial me ha gustado; la municipal tiene algunos inconvenientes. Por lo visto no urge la cosa, supuesto que el general ha salido para los baños de Coamo, donde permanecerá lo menos quince días.

Estos días ha habido aquí alguna alarma; se dijo que en Aguadilla habían sido presas dos personas sospechosas que acababan de desembarcar de Haití, á quienes se habían encontrado muchas cartas para el interior de la Isla. Esto era, en apariencia, un cabo suelto de una conspiración descubierta: por telégrafo acabo de saber que por lo que aparece no hay novedad; que las cartas no son políticas, sino particulares. Sin embargo, la justicia anda en el ajo, y esta buena señora suele meterse en unos escondrijos, que algunas veces descubre secretos más recónditos. No sé lo que ahora sucederá, pero tal vez las cartas de familia tengan embuchado. Allí vedes.

Además del *Progreso*, que continúa siendo modelo de cordura y siempre perfectamente escrito bajo su punto de vista, ha principiado á publicarse otro en Mayagüez, con el título de *La Razon*, y lo que de él he visto hasta ahora me parece bien. Lástima es que no haya aquí un periódico que pueda entenderse con estos dos adalides de las reformas, para cortarles los vuelos cuando sea necesario, porque campean por sus respetos y la propaganda se hace sin contradicción. Verdad es que si siempre sostuvieran lo que hoy sostienen, es decir, la integridad con las reformas, todos pudiéramos estar servidos.

Acaban de decirme que el sufragio universal que sir-

ve de base para las nuevas leyes no está aquí muy en favor, y que las personas que entienden más ó menos directamente en ello, no entran por el aro. No parece que sea ageno á esto el viaje que ha hecho á Coamo el secretario del Gobierno, de cuyo viaje aun no ha vuelto y no se sabe los cuentos que corren en altas regiones.

El tiempo admirable; el estado sanitario idem. Veo con sentimiento el molesto huésped que ahí teneis, y del cual Dios nos libre, porque ninguna necesidad tenemos de su visita. No se ha dado entrada al *Pájaro* y se ha marchado á San Thomas con viento fresco.

Nada más por hoy; vuestro afectísimo.

JUANITO.

#### NUEVA-YORK, 13 DE OCTUBRE.

El día 10 de este mes hizo dos años que Céspedes y comparsa se dieron á la vida airada.

Colgóse Cálculo Manué del pescuezo un esquilon, y se echó á la manigua seguido de la récua.

— ¡A vivir! les dijo.

Y ese fué el grito de Yara.

Desde entonces la manada ha procurado vivir como ha podido, y para ello la primera precaución que ha tomado ha sido la de no dejarse matar.

Los *patriotas* sin patria, es decir, los fugitivos de Cuba, en Nueva York, han querido celebrar el segundo aniversario de ese grito, como celebraron el primero.

Y todas las circunstancias se han aunado para hacer la celebración del segundo tan parecida á la del primero, que los dos aniversarios pueden compararse á esas dobles fotografías que forman toda vista estereoscópica.

Para describir los festejos con que celebraron los laborantes el lunes pasado el segundo aniversario de la *independencia cubana*, no tendría más que copiar la carta en que hace un año te relataba la celebración del primero.

Con la sola diferencia de que ha habido esta vez menos entusiasmo; todo lo demás ha sido una enfadosa repetición de lo que se hizo en 1869.

Aquel día estaban todas las banderas á media asta por la muerte del ex-presidente Pierce, y este año, por una fatal coincidencia, estaban las banderas á media asta también, porque al Inspector de Policía, Mr. Jourdan, se le ocurrió morirse aquel día, media hora antes de dispararse los cañonazos en honor de *Cuba libre*, á fin de dar á la fiesta un aspecto fúnebre y de mal presagio.

He reparado que siempre que se hace algo en honor de *Cuba libre*, está de luto esta nación.

El año pasado se dispararon cien cañonazos (que quedaron reducidos á diez por un accidente imprevisto que llevó el luto á una familia), y cien cañonazos se han disparado ogaño, afortunadamente sin percance.

Mientras se gastaba en salva la pólvora que debía ir en la expedición del *Hornet*, y que probablemente no hubiera tenido en Cuba mejor empleo que el que tuvo aquí, el afeminado coronel Ryan se encaramó al balcón de City Hall y sacudió el trapo de la estrella, de lo cual se ha valido un periódico para decir que la bandera cubana estuvo flotando en City Hall; ni más ni menos de lo que aconteció el año pasado.

Al ver al melencólico Ryan en el balcón, muy atareado aguantando la bandera, que es como si aguantase la capa, la multitud principió á gritar: *Speech! speech!*

A esto contestó Ryan desde el balcón, sin soltar la bandera, por supuesto; que no estaba para *espichar*, porque el único discurso que había preparado tenía que recitarlo por la noche en el *meeting* de Irving Hall, y por consiguiente el que quisiese oírlo, que fuera al *meeting*.

—Sin embargo, dijo, aquí está el general Mac Mahon, que tiene ganas de lucirse y que ha estado estudiando un *speech* para *improvisarlo* en esta ocasión.

—*Hurrah!* Que hable Mac Mahon!

Y habló Mac Mahon, é *improvisó* una catilinaria contra el gobierno, que hizo bailar de gusto á sus oyentes.

La mayor parte de estos eran cubanos que no entendían ni una palabra de inglés y que parecían locos de entusiasmo al oír las vigorosas frases del general.

Calló el general, y entonces es cuando más oportuno lo encontré.

Pero no era posible dejar la cosa así. Se hacía indispensable dar motivo á unos cuantos *ciudadanos* para que se hiciesen la ilusión de que pronunciaban discursos, y dicho y hecho, se les presentó ocasión de que abriesen la boca.

Y tanta ocasión! una farsa de dos años aburre al más pintado y le pone en el caso de abrir la boca de oreja á oreja.

Irving Hall fué el sitio designado para la *ejecución*, y en Irving Hall se presentaron compuestos y emperregilados y dispuestos á soltar el grito de la elocuencia, J. Manuel Mestre; General Mac Mahon; presbítero Palma; general Jordan; Enrique Piñeyro, General Ryan; José María Céspedes; J. Armas y Céspedes; Mr. Petit, é Isaac Carrillo, que leyó una poesía ó cosa así.

Para colmo de desdichas, la *Junta patriótica de cubanos* está imprimiendo los discursos. Siempre dije yo que eran mujeres de fuertes impresiones esas damas de la Junta.

¡Ah! ahora caigo; en este asunto debe andar metida la impertérrita Doña Emilia. Preciso! tratándose de aniversarios, nadie más competente que ella, que tantos habrá presenciado.

Y luego, desengañémonos, no hay función sin Tarasca.

JOHN BULL.

#### EL OJO DE LA LLAVE.

##### I.

##### Á LOS QUINCE AÑOS.

Dos hablan dentro muy quedo;  
Rosa que á espiar comienza,  
Oye lo que le dá miedo,  
Vé lo que le dá vergüenza.  
Pues, ¿qué hará que así le espanta  
Su amiga á quien cree una santa?  
No sé qué le dá sonrojo,  
Mas ..... debe ver algo grave  
Por el ojo,  
Por el ojo de la llave.

El corazón se le salta  
Cuando oye hablar, y después  
Mira..... mira..... y casi falta  
La tierra bajo sus pies.  
¡Ay! si ya á vuestra inocencia  
No desfloró la experiencia,  
No mireis por el antejojo  
Del rayo de luz que cabe  
Por el ojo,  
Por el ojo de la llave!

Desée que á mirar empieze,  
De un volcán la ebullición  
Sube á encender su cabeza,  
Vá á inflamar su corazón.  
Claro; el sér que piensa y siente,  
Siempre, cual ella, en la frente,  
Tendrá del pudor el rojo  
Cuando de mirar acabe  
Por el ojo,  
Por el ojo de la llave.

De aquel antejojo á merced  
Mira más..... y más..... y más.....  
Y luego siente esa sed  
Que no se apaga jamás.  
Mas, ¿qué vé tras de la puerta  
Que tanto su sed despierta?  
¿Qué? Que á pesar del cerrojo,  
Vé de la vida la clave  
Por el ojo,  
Por el ojo de la llave.

Haciendo al peligro cara,  
Vé caer su castidad,  
La barrera que separa  
La ilusión de la verdad.  
Pero ¿qué ha visto, señor?  
Yo solo diré al lector  
Que no hallará más que enojo  
Todo el que la vista clave  
Por el ojo,  
Por el ojo de la llave.

Siguen sus ojos mirando  
Cosas extrañas de ver,  
Y van su cuerpo inundando  
Oleadas de placer.  
Su amiga de gracia llena,  
¿No es muy buena? ¡ah! sí, muy buena!.....  
¿Pero hay alguien cuyo arrojito  
De ser mirado se alabe  
Por el ojo,  
Por el ojo de la llave?

##### II.

##### Á LOS TREINTA AÑOS.

Mas, quince años después Rosa ya sabe  
Con ciencia hartó precoz,  
Que el mirar por el ojo de la llave  
Es un crimen atroz.

Una noche de abril á un hombre espera:  
La humedad y el calor  
Siempre son en la ardiente primavera  
Cómplices del amor.

Húmeda noche tras caliente día  
Rosa aguarda febril.  
¿Cuanta virtud sobre la tierra habría  
Si no fuera el Abril!



Y como ella ya sabe lo que sabe  
Después que el hombre entró,  
De hacía el frente del ojo de la llave  
Cual un espectro huyó.

Y cuando al lado de él, junto á él sentada,  
En mudo frenesí  
Se hablan ambos de amor, sin decir nada,  
Rosa prorrumpe así:

—«El ojo de la llave está cerrado:  
¡Ay, hija de mi amor!  
¡Si ella mirase como yo he mirado!.....  
¡Horror! ¡horror! ¡horror!

RAMON DE CAMPOAMOR.

### SARTENAZOS.

El gran número de cartas, todas de interés, que para hoy se le han aglomerado á JUAN PALOMO, le obliga, aunque con harto sentimiento suyo, á dejar para el número que viene, un artículo que ha escrito uno de sus redactores, sobre el banquete que han tenido los aragoneses residentes en la Habana para celebrar la fiesta de su patrona la Virgen del Pilar.

JUAN PALOMO suplica á sus amigos los aragoneses que tengan un poco de paciencia, hasta el domingo próximo, que se les dedicará un puesto en las columnas del periódico.

Errata al canto, que JUAN PALOMO no puede dejar sin corrección.

En el precioso romance de nuestro ilustrado amigo D. Rafael de Aragon, que publicamos el domingo último, decía un verso:

«De tu espíritu al sufrir.»

Y lo que su autor escribió, y lo que debe ser, es:

«De tu espíritu al surgir.»

¿Estamos?

—Hombre, mi mujer tiene capricho por un hulano; cómo haría yo por conseguir uno?

—Muy fácilmente; coma V. á la francesa y de seguro se encuentra V. en la sopa.

Diz de un hulano que un día tan furioso se encontraba, que uno tras otro mataba los franceses que cogía.  
¿Habrá otro, entre si decía, tan valiente como yo.....?  
Y cuando el rostro volvió halló la respuesta, viendo que un mambí se iba comiendo los franceses que él mató.

Ha desaparecido el cólera, ha desaparecido la fiebre amarilla y ha desaparecido la Junta Cubana.

Tres polillas se van al infierno de un solo golpe.  
¡Canario! son demasiadas emociones para un solo día.  
Sin embargo, la última desaparición me produce alguna pena. ¿De quién me burlaré ahora?

Vamos, sí; todo se puede arreglar: me burlaré de los ex-junteros individualmente, ya que no puedo hacerlo en corporación.

Tenemos demostrado que los insurrectos de Cuba son más tunantes que los prusianos y los franceses.

Mientras aquellos se desbaratan los sesos en inventar armas mortíferas, éstos se han echado por arma el clima.

Con este, los laborantes y las piernas, se están defendiendo como los gatos boca arriba.

Y si no fuera por estos recursos, ¿cómo habrían de poder sostenerse?

¡Pobrecillos! Ya no les queda más que el derecho del patateo!

Alegraos, amantes de Talía, alegraos!

La empresa del gran teatro de Tacon ha repartido ya sus programas, con la lista de la compañía y con los precios del abono.

Ya son conocidos del público los nombres de los principales actores.

Teodora Lamadrid, la actriz eminente y siempre inspirada.

Joaquín Arjona, que ya tiene recibido muchos aplausos de este público.—Matilde Granados, Balbina Valverde, Carolina Fernández, Emilio Mario, Rafael Calvo, Ricardo Calvo, Juan Benetti, Enrique Arjona y Juan García.

La Matilde Granados es una joven de belleza nada común y artista de corazon que dice con mucha naturalidad y que sobre todo, en los papeles de sentimiento, está admirable. Si consigues, caro público, que haga *Bienaventurados los que lloran*, verás como no te engañas.

Hablo por convicción.

Emilio Mario tiene un nombre harto conocido, para que haya necesidad de decir nada de él.

Rafael Calvo, aunque joven todavía, es un actor de mérito indisputable, que ha creado un gran tipo en la magnífica producción *Un drama nuevo*.—Lo digo, no porque me lo hayan contado, sino porque lo he visto.

Ahora, público amigo, acude á abonarte por las 20 funciones que han de componer la primera serie.

Mira que no te pesará; te lo digo porque te quiero y me gusta que te diviertas.

### AVISO Á LAS SEÑORITAS.

Un enamorado, enfermo además de indigestion, se indispuso con su novia y la maldijo y tronó.  
Harto entonces de la vida y en un raptó de furor, echó fósforos en agua y la pócima bebió.  
Eran de esos sin veneno; y en lugar de un reventon, le produjeron un cólico sin consecuencia mayor.  
La chica, al creerlo muerto, con el disgusto enfermó; y él con aquel movimiento se puso mucho mejor.  
Resultado, y sirva á ustedes de escarmiento y de lección, que ella se fué al otro mundo, y el muy pillo, se curó.

EUSEBIO BLASCO.

Deseoso JUAN PALOMO de que sus lectores conserven en su colección el plano del curso del huracan del 7 del actual, hoy lo traslada á sus páginas tomándolo de la hoja suelta que repartió su apreciable colega el *Diario de la Marina*.

Como el trabajo sería incompleto sin la explicación conveniente, véanla nuestros favorecedores á renglón seguido:

En la mañana del 7 del corriente, el viento era del N. E., con pequeñas variaciones hacia el E., lo cual indica que el vórtice de la tormenta demoraba próximamente al S. E. (según el tratado de «La Aguja de las Tormentas.») Siguió el viento estacionario todo el día; mas como el barómetro continuaba bajando indicaba que el vórtice venía en dirección de N. O.  $\frac{1}{2}$  N., y á medida que este adelantaba, aumentó de fuerza el viento.

Por la tarde del mismo día el viento roló al N. N. E., lo cual, según la teoría citada, demostraba que el vórtice demoraba al E. S. E., y que, por consiguiente, seguía una dirección más al N. de lo que al principio parecía.

Desde el oscurecer de dicho día 7, hasta las 2 de la mañana del 8, roló el viento hacia el N., y á dicha hora demoraba el vórtice hacia el E. En esta hora fué cuando el barómetro llegó á su mayor descenso, con lo que manifestaba que el vórtice estaba más próximo á la Habana. El viento también lo indicaba pues fué cuando se sintió con más violencia.

Desde dicha hora hasta el medio día el barómetro comenzó á subir, y el viento roló al N. N. O., disminuyendo de fuerza, lo que indicaba que el vórtice se iba alejando de nosotros.

Por las variaciones que hicieron el barómetro y el viento, se deduce que la dirección media del vórtice era como al N. N. O. de la Habana, según manifiesta en la lámina la línea de los vórtices.

Ha dicho un periódico de París que los franceses han inventado una especie de bomba, que al hacer la explosión llena la atmósfera con un humo tan terriblemente hediondo, que mueren al instante cuantos lo aspiran.

Si esto es verdad, los alemanes tienen en sus manos el medio de vengarse de esa horrorosa invención francesa. No hay más que cargar sus cañones con balas hechas de queso de Limburgo; y es seguro que la fetidez de esos proyectiles hará estragos tremendos en las filas de sus enemigos.

Los locos domipan en Europa.

Un hombre se empeña en que su mujer es una calamidad, y un día tira, en un raptó de indignación, la sopera por el balcon, y hace pedazos los platos y se pone á bailar encima el *can-can*, riéndose de sí mismo. Pues señor, viene la ciencia muy respetada y dice:—Ese hombre está loco.—Y el pobre marido que no está loco, sino desesperado, vá á una casa de dementes, y allí pasa el

resto de sus días loco, aunque no hable una palabra, ni se meta con nadie, toda vez que no vé por allí á su mujer.

Pero sale el rey de Prusia, y un día dice á sus generales y demás adláteres:—La posesión de la Alsacia y la Lorena me vá á costar 300,000 hombres; pero no importa, bien los valen.

Y la ciencia no dice:—Atad á ese hombre y á una jaula con él,—sino que exclama:—¡Oh! ¡qué grande hombre! ¡oh! ¡qué gran rey!...

Si el otro loco, de quien he hablado antes, dijera:—«Me voy á comer frita á mi mujer, si la veo entrar aquí,» y enseñara los puños á su interlocutor, en seguida se le pondría la camisola de fuerza, y si irritado, rompía la sábana, puede que le arrimasen tres palos por vía de advertencia.

Pero al rey de Prusia, que dice aquella barbaridad, se le deja hacer, se le estimula á que se calce con la Alsacia y la Lorena á costa de los 300,000 hombres, y en efecto, 300 ó 400,000 ó más hombres quedarán allí enterrados para dar gusto al rey de Prusia.

El ama de un hotel de París ha hecho imprimir tarjetas con el siguiente anuncio:

«Aviso á los viajeros ingleses que quieran gozar del sitio de París.

«Habitaciones cómodas.

«Enteramente á cubierto de las bombas.

«Se encuentra en el Hotel un servicio especial de carrajes para ir á visitar las fortificaciones.

«Nota. Por su situación especial, este establecimiento, se halla fuera del alcance de toda clase de proyectiles.

«Hay cuartos en el sótano para los viajeros impresionables.»

### EPÍGRAMA.

—Padre, ¿qué cosa es casar?

Preguntó un hijo á su padre.

—Hijo, aguantar á tu madre, sufrir, gruñir y rabiar.

LUIS DE EGUILAZ.

Acaba de recibir JUAN PALOMO un folleto impreso y publicado en Puerto-Príncipe y que lleva por título: *Cartas á un laborante*.

Su autor oculta su nombre, con sobrada modestia, bajo el pseudónimo de *Arturo Perez Zambrano*, y en estilo festivo y fácil, pinta las miserias todas de la insurrección.

La obra toda revela un patriotismo á carta cabal y por eso JUAN PALOMO lo recomienda al público, para que la adquiera en la *Propaganda Literaria* donde se halla de venta al precio de cincuenta centavos ejemplar.

Y por hoy no digo más, aunque no renuncio á ocuparme de esta obrita con más detención que ahora.

Y entre tanto muchas gracias Sr. (ya iba á decir su verdadero nombre) Sr. Perez Zambrano, por su atención.

Hoy se bendice la nueva iglesia de Jesus del Monte.—¿Quién no conoce á Jesus del Monte y las magníficas vistas de su empinada loma, donde hoy se levanta el nuevo lindo templo que á la eficacia de su párroco, Sr. D. Manuel de Torres y Feria, y á la religiosidad de sus vecinos se debe?—Y el templo está precioso!—Otro día nos extenderemos. Hoy diremos solamente que la bendición será esta tarde, que asistirá el Excmo. Sr. Gobernador Superior Político y demás autoridades y mañana la magnífica procesion dedicada á su patrona Ntra. Sra. de las Mercedes.

### ALMANAQUE DE JUAN PALOMO PARA 1871.

Se ha empezado ya la impresión de este divertido libro, que superará al del año 1870, y en cuya redacción toman parte los primeros literatos de España y de esta Isla. En él se encontrará toda clase de medicina contra la negra, la blanca y la parda melancolía,—que la hay ya de todos colores.

Las caricaturas, grabados todas en madera, serán debidas á la gracia y sandunga de los señores Landaluce y Cisneros. El distinguido artista señor Ferran, también promete favorecernos con algun dibujito de lo mas escogido de su repertorio.

Será, en fin, un *Almanaque* ametrallador, de patente, bien escrito, bien dibujado y bien impreso.

Solo se regalará mucho ojo, señores! á los suscritores antiguos y modernos que abonen adelantado todo el año 1871.

IMPRENTA MILITAR, RICLA 40.